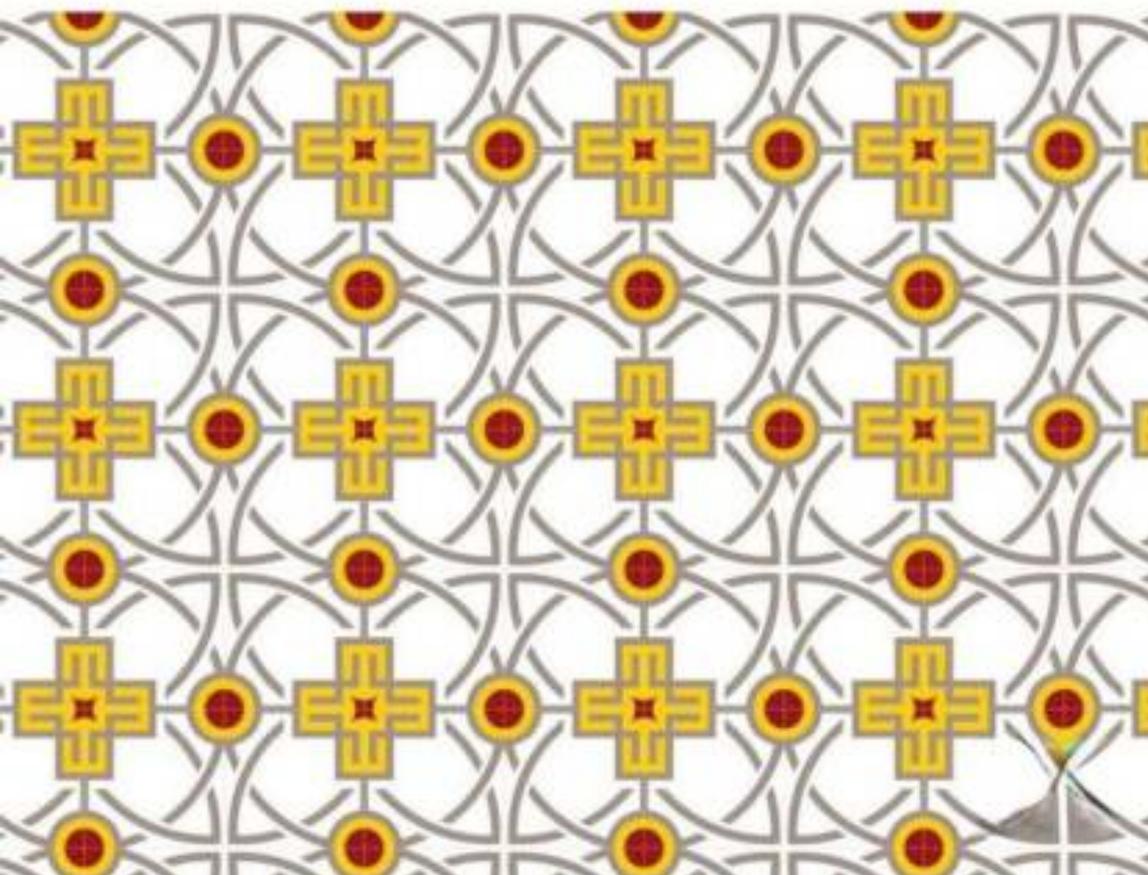


Carl Gustav
Jung



Psicología y religión



Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite.

Y a este propósito dice Plinio que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello.

Prólogo de los editores

En PSICOLOGÍA Y RELIGIÓN, título que ofrecemos ahora a la consideración del público estudioso de habla castellana, enfrenta C. G. Jung ciertos temas capitales que en sus anteriores trabajos solo consideraba dentro del conexo general y brinda un tratamiento directo su más discutida hipótesis, la del inconsciente colectivo. Partiendo de un fenómeno subjetivo, individual, se alcanza la historia psicológica de la humanidad y se intenta mostrar cómo, en cada hombre, se guardan latentes las experiencias, representaciones y emociones de la humanidad toda. Entendida la religión como una fe viva, como un entusiasmo espontáneo, se explica en virtud de que el hombre la necesita premiosamente —sea cual fuere la religión ingenua o superior—, a fin de lograr un feliz desarrollo y adaptación de su personalidad. Se indica por qué debe dejarse libertad al alma para encontrar una auténtica solución religiosa como expresión de la propia peculiaridad total, consciente e inconsciente, y cómo la imposición al hombre de una moral y religión tradicionales constituye una fuente de conflictos neuróticos. Por consiguiente, también en esta materia —y no podía ser de otro modo— Jung se opone a la explicación freudiana de la religión como una gran neurosis obsesiva, como un falso sentimiento de seguridad logrado por el enmascaramiento de las neurosis menores de la existencia.

Por su ilustración del uso curativo de la religión esta obra interesa al psicoanalista y al psicoterapeuta. Más su interés va más allá de dominio de la psicología y de la psiquiatría y toca íntimamente a la filosofía y a la ciencia e his-

toria de las religiones. En virtud de sus análisis del simbolismo religioso de los procesos inconscientes y de las raíces psíquicas del acto religioso, es en particular en el campo de esas dos últimas disciplinas que PSICOLOGÍA Y RELIGIÓN constituye, además de una contribución a la técnica de la asistencia psicológica, un valiosísimo aporte al saber contemporáneo.

A fin de facilitar la comprensión del texto, en numerosas ocasiones difícil y que supone el conocimiento de ciertos conceptos en otros trabajos, se ha agregado algunas notas redactadas casi siempre en base a definiciones del mismo Jung. Tales notas se distinguen por hallarse señaladas con un asterisco.

LOS EDITORES

Prólogo a la edición castellana

Es probable que el lector que se acerque a este libro del gran psicólogo suizo experimente al principio una sensación de desconcierto. En efecto, al lado de declaraciones en que se afirma tratar la materia desde un ángulo rigurosamente científico, natural, tropezará con numerosas hipótesis y planteamientos de problemas que le parecerán trascender con mucho del dominio de la ciencia empírica. Semejante actitud ante escritos de Jung —en particular si pertenecen a la última fase de su producción—, no es cosa rara. Muchas veces se lo ha tildado de místico, se ha dicho que sus teorías descansaban o desembocaban en especulaciones metafísicas que muy poco tenían que ver con la psicología. Tales juicios —diríamos más bien prejuicios— se deben en parte a una escasa comprensión de su criterio metodológico, en parte a determinados temas que el desenvolvimiento de su labor le ha llevado a indagar, pero sobre todo arraigan en causas más hondas y nucleares. Es cierto que encontrar en una obra, de psicología práctica, según su autor, largas digresiones relativas a símbolos gnósticos y medievales, o intentos de demostrar la existencia en la psique de una auténtica función religiosa, no puede menos que chocar a los espíritus formados en una concepción del mundo positivista, y presuntamente empiristas como la que prevaleció en el campo de la psicología profunda a partir de las enseñanzas de Freud. No creemos necesario insistir que en esa última circunstancia es donde vemos nosotros las causas hondas y nucleares a que hemos aludido.

El enfoque junguiano del problema psicológico de la religión es consecuencia natural de su teoría de la realidad de lo psíquico, en lo esencial admirablemente sintetizada en las afirmaciones siguientes que figuran en el presente libro «*la psique existe, en efecto; es la existencia misma*». Es un prejuicio casi ridículo suponer que la existencia no puede ser sino corpórea. De hecho, la única forma de existencia de la que poseemos conocimiento inmediato, es anímica.

Esta afirmación absoluta de la realidad de lo psíquico, así como el rechazo terminante de cualquier reducción de lo psíquico a categorías biológicas, constituyen dos de los principios fundamentales de Jung, quien califica su método de fenomenológico: «que trata de sucesos, de acontecimientos, de experiencias, en resumen, de hechos. Su verdad es un hecho, no un juicio». No incumbe a la psicología el problema de si determinada idea es verdadera o falsa. «Solo se ocupa del hecho de su existencia y en tanto existe es *psicológicamente verdadera*». La Psicología sólo puede ocuparse de los procesos psíquicos. Si afirmara o negara que éstos corresponden o expresan una realidad exterior a ellos mismos, invadiría implícitamente un dominio que no le pertenece. El delirio más disparatado, la más ridícula manía, la fobia más excéntrica son, desde el punto de vista psicológico, tan verdaderos y poseen tanta realidad y «objetividad» como el más exacto juicio matemático^[1].

«La psicología como ciencia del alma debe ceñirse a su objeto, cuidándose de no ir mas allá de sus propios confines con afirmaciones metafísicas u otras profesiones de fe. Si postulase a un dios, aun cuando sólo como causa hipotética, implícitamente establecería la posibilidad de una demostración de Dios, rebasando así en forma ilícita los límites de su competencia. La ciencia sólo puede ser ciencia; no hay profesiones "científicas" ni similares *contradictiones in adiecto*. Simplemente no sabemos de donde proviene,

en última instancia, el arquetipo, del mismo modo que ignoramos cuál es el origen del alma. La competencia de la psicología como ciencia empírica sólo llega al punto de establecer si la impronta que encontramos en el alma puede o no legítimamente ser llamada, en base a la investigación comparativa, una imagen de Dios. Con ello nada positivo o negativo se afirma sobre una posible existencia de Dios...»^[2]

La psicología, así entendida, sólo se ocupa del fenómeno de la experiencia religiosa como actividad de la psique humana, es decir, de cómo se manifiestan en la mente del hombre las ideas religiosas, las ideas que éste tiene de Dios, o del hecho que no tenga ninguna. Tales ideas, la psicología las acepta, «pues es el hombre quien las tiene y quien crea para sí mismo imágenes», peor no puede inmiscuirse en el problema de la realidad absoluta que la fe religiosa les atribuye.

En nuestra opinión, esos criterios metodológicos que propone Jung valen sea cual fuere la posición que se adopte acerca de la esencia de lo religioso, aun cuando se acepte a su respecto una opinión extrema como la de Reinach, quien califica la religión como «un conjunto de escrúpulos que obstaculizan el libre ejercicio de nuestras facultades». Creemos, por lo tanto, que observándolos con rigor puede elaborarse una auténtica psicología de la religión, una psicología de la religión que si bien las estudia desde su particular ángulo, nada tiene que ver con las cuestiones propiamente teológicas o metafísicas.

Es cierto que en numerosas ocasiones y con sobrada razón se ha puesto de relieve que el estudio psicológico de los fenómenos religiosos entraña peligrosas dificultades. De ellas, la más ardua y principal sea la que Max Scheler señala: «Esta es la situación peculiarísima que se encuentra en la psicología de la religión, que sólo en la fe puede dar-

se la realidad del objeto de cuya reacción psíquica se trata»^[3]. ¿Salva Jung estos obstáculos? Precisamente, el carácter mismo de la pregunta hará que unos respondan en forma afirmativa y otros negativa. Por nuestra parte nos parece que quien haya leído sus trabajos sobre el tema y seguido el desarrollo de sus pensamientos a partir de la primera edición de *Transformaciones y Símbolos de la libido* (1912)^[4], hasta llegar a sus profundas investigaciones sobre la alquimia^[5], la simbólica de la misa^[6], la interpretación psicológica del dogma de la Trinidad^[7], y otros asuntos afines, hará de compartir nuestra opinión de que en todo momento logra Jung mantenerse en un plano estrictamente psicológico y que sus estudios constituyen el intento hasta hoy más logrado de elaborar una psicología de la religión. En las contadísimas ocasiones en que traspone los límites de ese plano, él mismo es quien advierte al respecto. Y si las soluciones que recomienda o las conclusiones a que llega parecen muy discutibles, o incluso equivocadas, téngase presente, en primer término, que en el ámbito de una ciencia tan joven como la psicología el enfoque junguiano constituye una novedad aún mayor, y que el propio autor expresa repetidas veces que todas sus hipótesis son susceptibles de crítica y que inevitablemente han de superarse y corregirse en el futuro. Señalemos luego, en relación con la dificultad apuntada por Scheler, que en diversas oportunidades afirma Jung categóricamente que hasta cierto punto «nuestra psicología es una confesión mejor o peor elaborada de unos cuantos individuos». Y es justamente en ésta su opinión acerca del carácter subjetivo de cualquier ciencia sobre el alma que ve él uno de los rasgos que más lo separan del creador del psicoanálisis, a quien entre otras cosas le reprocha no entrar nunca a criticar filosóficamente sus premisas personales.

El análisis freudiano —dice Jung— es el antídoto más eficaz contra las ilusiones idealistas acerca del hombre.

Merced a sus minuciosos estudios de la «parte sombría del alma», se incorpora en forma definitiva al acervo del saber el conocimiento de que la naturaleza humana posee su lado oscuro, «y no solo el hombre sino también sus instituciones y convicciones». Pero —y aquí estriba la divergencia primordial entre ambos psicólogos— procurar reducir toda manifestación anímica a ese lado oscuro condúcelo a Freud a postular la existencia de instintos, postulados evidentemente metafísicos. Condicionado históricamente, Freud «ve como su época le obliga a ver». En otras palabras, no pudiendo liberarse del materialismo científico de fines el siglo XIX, concibe lo inconsciente de modo exclusivamente racionalista e intenta esclarecer toda creación espiritual compleja con arreglo a su imagen mecanicista del universo. De aquí su teoría de la sublimación y el considerar toda la cultura humana como mera derivación del instinto sexual. De aquí también su valoración negativa de los factores irracionales.

Lo irracional, empero, existe; es un hecho psicológico. Por tanto, como tal hemos de considerarlo, cuidando de no violentar su idiosincrasia. Tarea ésta en verdad difícil dado que nos hallamos constreñidos por las categorías lógicas que nos obligan a expresarnos en términos de razón, mas que toda psicología verdaderamente empírica debe afrontar. Lo contrario equivale a su arbitrario estrechamiento del campo de la experiencia.

Fácilmente cabe inferir de lo antedicho que cuanto el psicoanálisis dice de la religión le resultará a Jung, como a quienquiera que examine las múltiples actividades del alma con mente desprejuiciada y atienda a la singularidad de cada una de ellas inquiriéndose respecto de su sentido, harto insuficiente. Pues de reflexionar aunque solo por un instante acerca del papel capital desempeñado por la religión en la historia, no es posible seguir explicándola como mera sublimación de necesidades instintivas o como una gran neurosis obsesiva. Es incontestable que siempre y en todas

partes el hombre ha cumplido funciones religiosas, que no solo constituye la religión un fenómeno histórico y social sino un «importante asunto personal para crecido número de individuos». ¿Por qué es así? ¿Qué puede decirnos la psicología al respecto? Tales son los problemas examinados en este breve pero sustancioso libro.

La respuesta que da Jung a esos interrogantes puede formularse mas o menos como sigue: los fenómenos religiosos no son una sublimación, sino expresiones de una auténtica y legítima función de la psique humana. La psique es un factor autónomo, y las manifestaciones religiosas son confesiones psíquicas que en último término, obedecen a procesos inconscientes. La religión, al examen desprejuiciado, siempre se nos manifiesta como una relación viviente con las actividades psíquicas de los inconsciente. Un eminente discípulo de Jung, sintetizando el pensamiento de este, expresa que la religión no es otra cosa que «La adaptación del hombre al hecho de la conciencia, su réplica a sus existencia como hombre»^[8]. Pero no corresponde entrar aquí a examinar esas afirmaciones por otra parte desarrolladas en este libro, que asimismo constituye un excelente ejemplo de lo que su autor denomina el método de la amplificación, esto es, el enriquecimiento, a los fines de la interpretación, de todo símbolo o imagen producidos por la fantasía, con material afín extraído de todo tipo de creaciones espirituales de sentido similar, en especial imágenes y símbolos mitológicos y folklóricos. Las analogías que comprueba entre las producciones de la fantasía de enfermos o sanos y los símbolos, mitos o leyendas, no dejarán indiferentes a quienes sientan vitalmente los problemas del espíritu, e indudablemente lleva a conclusiones e hipótesis de sumo interés no sólo para el psicólogo, sino también para el mitólogo y el historiador de las religiones. Un eminente estudioso de esta última rama del saber, Baruzi, no hace mucho expresaba que hasta ahora nos hemos conformado con una psicología religiosa superficialmente des-

criptiva, carente de contenido social y señalaba la necesidad de una psicología que interpretara «desde adentro» ciertos hechos inaccesibles al mero análisis externo. En este sentido no cabe cuestionar la contribución de Jung, que — como se ha dicho— ha abierto nuevos horizontes y ofrecido mayores posibilidades de explicación y probabilidades de exactitud. Prueba de ello son sus obras en colaboración con hombres de tanto prestigio en la materia como Wilhelm^[9] y Kerényi^[10], como sus propios estudios hace poco publicados^[11] y la extraordinaria obra de uno de sus discípulos, Erich Neumann^[12], han abierto nuevos horizontes y ofrecido mayores posibilidades de explicación y probabilidades de exactitud en materia tan difícil como la investigación mitológica y religiosa.

Para terminar, nos permitimos llamar muy en particular la atención del lector sobre las hipótesis que aquí formula Jung acerca del dogma de la Trinidad y la peculiar situación del «elemento femenino a su respecto». Ahora bien, adviértese que las conferencias de Terry que integran este libro fueron dictadas en 1937, es decir trece años antes de que la Iglesia católica promulgase el nuevo dogma de la Asunción de la Virgen María^[13]. No podía pedirse mejor prueba confirmatoria de cuán hondo ha sabido penetrar en los procesos psicológicos de la simbólica religiosa el creador de una de las mas valiosas e interesantes direcciones actuales de la ciencia del alma.

ENRIQUE BUTELMAN

Prefacio

He aprovechado la oportunidad que me brinda el revisar la traducción alemana de las conferencias de Terry, para introducir una serie de mejoras, consistentes casi todas en ampliaciones y agregados. Los últimos se hicieron, sobre todo, en la segunda y tercera disertación. A diferencia de la edición inglesa, donde las anotaciones se hallan al final del libro, en ésta se han acoplado al texto como notas a pies, lo cual ahorra al lector el molesto trabajo de hojear el libro.

La edición original inglesa contenía ya considerablemente más de lo que fue dable incluir en la conferencia. Sin embargo, conservaba en lo posible la manera verbal empleada en la conferencia, y ello en medida nada despreciable, por la simple razón de que el gusto norteamericano se muestra más accesible a este estilo que al del tratado científico. También en este respecto se distingue bastante la edición alemana del original inglés. Mas no se han realizado modificaciones fundamentales.

C.G. JUNG

CAPÍTULO I

LA AUTONOMÍA DE LO INCONSCIENTE

Parece ser propósito del fundador de las *Terry Lectures* el brindar, tanto a los representantes de las ciencias naturales cuanto a los de la filosofía y de otros campos del saber humano, la ocasión de aportar su grano de arena al esclarecimiento del problema eterno de la religión; y dado que la Universidad de Yale me ha hecho el honor de encargarme las *Terry Lectures* de 1937, considero tarea mía mostrar qué tiene que ver con la religión, o qué puede decir acerca de ella la psicología o, más bien, la rama especial de la psicología médica que yo represento. En virtud de que la religión constituye, ciertamente, una de las más tempranas y universales exteriorizaciones del alma humana, se sobrentiende que todo tipo de psicología que se ocupe de la estructura psicológica de la personalidad humana, habrá por lo menos de tener en cuenta que la religión no sólo es un fenómeno sociológico o histórico, sino, también, un importante asunto personal para crecido número de individuos.

Si bien se me ha llamado a menudo filósofo, soy empírico y como tal sustentó el punto de vista fenomenológico. Opino que no infringimos los principios de la empirie científica si de vez en cuando hacemos reflexiones que trascien-

den el mero acumulo y clasificación del material suministrado por la experiencia. Creo de hecho que no hay experiencia posible sin consideración reflexiva, porque la «experiencia» constituye un proceso de asimilación sin el cual no se da comprensión alguna. De ese aserto se sigue que abordo los hechos psicológicos no desde el ángulo filosófico, sino desde un punto de vista científico-natural. En la medida que el fenómeno de la religión presenta un aspecto psicológico muy significativo, trato el tema con enfoque exclusivamente empírico. Me restrinjo, pues, a la observación de fenómenos, absteniéndome de todo trato metafísico o filosófico. No niego la validez de otras maneras de consideración, mas no puedo pretender una correcta aplicación de tales criterios.

Sé que la mayoría de los hombres cree estar al tanto de todo cuanto puede conocerse acerca de la psicología, pues opinan que la psicología no es sino lo que ellos saben de sí mismos. Pero la psicología es en verdad mucho más. Al paso que guarda escasa vinculación con la filosofía, se ocupa considerablemente más de los hechos empíricos, buena parte de los cuales es difícilmente accesible a la experiencia corriente. Me propongo, por lo menos, facilitar algunas nociones de cómo la psicología práctica enfrenta el problema religioso. Es claro que la amplitud del problema requeriría, no tres conferencias, sino un número muy superior, dado que a la necesaria discusión de los detalles concretos debería dedicarse mucho tiempo y sería preciso extenderse en una buena cantidad de explicaciones. El primer capítulo de mi trabajo será una suerte de introducción al problema de la psicología práctica y a sus relaciones con la religión; el segundo, se ocupará de los hechos que muestran la existencia de una auténtica función religiosa en lo inconsciente, y el tercero versará sobre el simbolismo religioso de los procesos inconscientes.

En razón de que mis exposiciones son de índole bastante inusitada, no debo suponer que mis oyentes se hallen

completamente familiarizados con el criterio metodológico del tipo de psicología que represento. Se trata de un punto de vista exclusivamente fenomenológico, lo cual equivale a decir que trata de sucesos, de acontecimientos, de experiencias, en resumen, de hechos. Su verdad es un hecho, no un juicio. Cuando la psicología habla, por ejemplo, del tema de la partenogénesis, sólo se ocupa de la existencia de semejante idea, sin abocarse a la cuestión de si tal idea es verdadera o falsa en algún sentido. La idea, en tanto existe, es psicológicamente verdadera. La existencia psicológica es subjetiva puesto que una idea sólo se da en un individuo; mas es objetiva en cuanto mediante un *consensus gentium* es compartida por un grupo mayor.

Ese es también el punto de vista de la ciencia natural. La psicología trata las ideas y otros contenidos espirituales del mismo modo que, por ejemplo, se ocupa la zoología de los diversos géneros animales. Un elefante es verdadero porque existe. El elefante no es una conclusión lógica, ni un aserto ni un juicio subjetivo de un intelecto creador. Es, sencillamente, un fenómeno. Pero estamos tan habituados a opinar que los hechos psíquicos son productos arbitrarios del albedrío, e inclusive inventos de su creador humano, que apenas si podemos librarnos del prejuicio de considerar a la psique y a sus contenidos meramente como una caprichosa invención nuestra o como un producto más o menos ilusorio de conjeturas y opiniones. Es un hecho el que ciertas ideas se dan casi en todas partes y en todos los tiempos, y que hasta pueden aparecer de por sí y espontáneamente con entera independencia de la migración y la tradición. No son hechas por el individuo, sino que ocurren y aún irrumpen en la conciencia individual. Lo dicho no es filosofía platónica, sino psicología empírica.

Antes de hablar de religión he de explicar qué quiero significar con este término. Religión es como dice la voz latina *religare* —la observancia *cuidadosa y concienzuda* de aquello que Rudolf Otto^[1] acertadamente ha llamado lo